

Julio Heise González

Jorge Simmel y su filosofía cultural

UNO de los filósofos alemanes que mayores influencias han ejercido en la filosofía de nuestros días es Jorge Simmel. Nació este filósofo en Berlín, en 1858 y murió en Strasburgo el año de 1918. Representa en la filosofía alemana la culminación del relativismo. Ejerció una influencia decisiva, muy importante particularmente entre los filósofos de las culturas, que, como Spengler, Frobenius, Keyserling, Lessing, etc., se han inspirado directamente en Simmel, desarrollando y completando los pensamientos de este filósofo.

El pensamiento simmeliano sólo es comprensible teniendo en vista la situación general de la filosofía moderna.

La Filosofía Moderna.

La filosofía moderna atraviesa por una crisis de lo sistemático. Los diferentes dominios de nuestro mundo espiritual han perdido su antigua cohesión; han sido arrancados de esa conexión viviente con el propio yo y sólo existen ahora como formas rígidas. Nosotros no sólo tenemos la sensación sino la convicción de la descomposición espiritual, de la ausencia de una última sujeción central del espíritu. El hombre ya no vive desde un centro, desde ese algo común que aprisiona en una melodía los diferentes tonos y disonancias, y que considera todas las manifestaciones como irradiaciones de un centro único.

El hombre frente al mundo espiritual no está, como antes, en

una actitud de creyente. La aceptación incondicional y respetuosa de un sistema se ha convertido en una fría y creciente crítica. Y esto es incompatible con una construcción espiritual en sí coherente. De ahí el caos; de ahí la disolución de los antiguos sistemas. Se habla en general y al momento se restringe; se afirma y al momento se niega lo afirmado. Esta es la diferencia que existe entre el Dante y Goethe.

El Dante, que—como lo hace notar Simmel—se explica sólo sobre el fondo de una cultura general formada desde el interior, subjetiviza el mundo dado a él objetivamente. Goethe, por el contrario, objetiviza su sujeto. Goethe es el pensador que siente descomponerse esa unidad espiritual sobre cuyo fondo únicamente, podemos explicarnos al Dante. Y es precisamente esto lo que distingue radicalmente nuestra moderna concepción del mundo de todas las anteriores.

La antigua filosofía sistemática, con sus métodos y con su lógica inorgánica, se ha hecho impotente para explicar nuestra existencia moderna, que posee un carácter genuinamente vitalista. Hoy día se hace imposible la abstracción hacia un sistema, porque las relaciones más íntimas y más sutiles de nuestra vida no serían abarcadas por un tal sistema. De ahí que en nuestros días todas las ciencias, tanto las de la naturaleza, como las del espíritu, se han ido relativizando paulatinamente. En los últimos cuarenta años la monografía ha venido a sustituir al manual sistemático; las contemplaciones immanentes a las trascendentes. Existe una duda, una especie de horror, contra toda determinación, que alcanza su expresión más acabada en el relativismo filosófico.

El Relativismo Simmeliano.

Con Simmel el relativismo alcanza su culminación. Su filosofía es un criticismo relativista.

Buscó y encontró Simmel aquella solución superior de los conflictos filosóficos que concilia en una profunda raíz común dos concepciones antagónicas. En este caso la concepción absoluta y la relativista.

Un sistema que pretenda encerrar la vida en conceptos absolutos le fué en toda su vida extraño: «El sistemático, dice, separa las cosas con agudos límites conceptuales y consigue unidad para ellos, colocando los contenidos conceptuales en un todo simétricamente construido. La naturaleza, para Simmel, no tiene sistema, porque el sistema ve todo lo movable como estacionario, el devenir como algo rígido, la vida que se va formando por sí sola desde el interior, como algo compuesto. La vida no tiene lugar en ningún sistema, no es principio ni fin de nada, sino simplemente proceso.

Vida y Forma.

Este proceso infinito, esta evolución y flujo constante, para no quedar como un simple devenir debe adoptar formas como la manera necesaria de exteriorizarse. Pero estas formas de la vida no son su sistema; sino simplemente el fenómeno de la vida, que se desliza, que corre incesantemente, reemplazando continuamente las antiguas formas por otras nuevas.

Por eso la vida es siempre algo más que la simple vida. Tiene la constante tendencia de sobrepasarse, de salirse de sí misma, de llegar a ser «Más Vida» (Mehr Leben, como dice Simmel); así en la esfera espiritual tiene la tendencia a producir, a crear algo que es «Más que Vida», que es *Forma*. Esta tendencia hace posible que de la vida broten creaciones artísticas, religiosas, técnicas, etc., que por su conformación, son algo distinto de la vida, siguen una lógica propia, no determinada por la vida.

Y como la vida en su tendencia de llegar a ser «Más Vida» produce de sí creaciones que, ciertamente, brotan de la vida, pero que tienen su sentido en algo distinto, en la forma, y como tales no siguen las leyes de la vida, se produce una oposición entre el proceso y la forma, entre la vida y la forma. Tan pronto llegan las formas espirituales a independizarse del proceso vital, agotan sus posibilidades y se convierten en un mundo objetivo rígido, con una lógica distinta a la lógica orgánica de la vida.

Aquí está el destino trágico de los procesos vitales humanos que llevan consigo su propia negación, su propia ruina. La vida trasciende de sí, crea formas, que en su desarrollo siguen una lógica distinta de la lógica orgánica de aquélla y que—como veremos más adelante—en los grados superiores de una cultura llegan a dominar al hombre.

La personalidad.

El flujo constante, el eterno devenir de la vida, se quiebra, se rompe así en las formas creadas por ella misma, en las cuales alcanza su sentido visible, pero en cuyo dualismo no se agota propiamente su esencia fundamental. Detrás de esta dualidad de continuidad y forma que sólo se deja determinar por sus reciprocas relaciones, debe existir un concepto absoluto de la vida, un concepto más amplio, que a su vez encierre este contraste, esta dualidad.

La trascendencia de la vida (que se realiza en la personalidad), ese continuo salirse de sí misma, de superarse, de llegar a ser «más vida», es para Simmel esta determinación absoluta. Aquí vemos el esfuerzo de Simmel para conciliar la concepción absoluta con la relativista. Vemos aquí el esfuerzo del filósofo para salir del puro relativismo; haciendo volver la trascendencia, originariamente desmentida y su desplazamiento por la inmanencia, como una inmanencia de la trascendencia.

De esta condición última se sigue que cada forma del acontecer halla precisamente en la vida su rasgo esencial. Y como la vida existe sólo en su totalidad (como proceso) y la formas diferenciadas no se pueden extraer de esta totalidad, debe necesariamente ser la coherencia unitaria de esa totalidad—que se realiza en la personalidad—la raíz profunda de todo lo que existe en el exterior al parecer separado de la vida. Este es el papel que representa la personalidad, uno de los capítulos más interesantes de la filosofía simmeliana. En la personalidad se realiza la coherencia unitaria de esa totalidad que es la vida. Esto lo demuestra Simmel con numerosos ejemplos. Nosotros nos referiremos aquí al fenómeno del amor y al de la muerte.

El Amor.

Simmel es entre los filósofos modernos el único que ha tratado el problema del amor separándolo del viejo ideal clásico de belleza, íntimamente relacionado con el amor, desde los tiempos de Platón. Para Simmel el amor no es algo divisible, separable, sino «una función de la totalidad indiferenciada de la vida», que no dice relación con éste o con aquel aspecto del hombre sino que se refiere a todo el hombre: a la personalidad. Y no se agota en el amor entre el hombre y la mujer, sino que se manifiesta también en el amor de Dios, de la patria y hasta de cosas no vividas, de ideales.

El amor es una función de la vida y como tal queda ligado necesariamente en sus exteriorizaciones, a la forma real de la vida: a la personalidad. No tiene el amor un carácter específico. Con esto queda claramente formulada la contradicción interior con el eros platónico. Platón, imbuído con la idea griega de la existencia, entiende el fenómeno del amor como algo impersonal. «Platón—dice Simmel—ama lo general, nosotros, al individuo como tal». El amor como función de la vida sólo puede presentárenos a través de la individualidad y tiene su parte en el destino trágico de todas las exteriorizaciones personales. Por lo tanto, lo que el amor nos revela en última instancia es, pues, la coherencia del hombre que hace que la vida—encarnada en la personalidad—exista sólo en su totalidad.

La Muerte.

Con el fenómeno de la muerte pasa otro tanto. La muerte es, para Simmel, algo inmanente, es, como el amor, una función de la personalidad, de la vida. No es un ente misterioso, extraño al hombre, que esté fuera de él o sobre él y que en cualquier momento puede terminar con su vida.

La muerte no es algo exterior sino que es de antemano un «character indelēbilis» de la vida. Es como una realidad interior siempre presente colocada en nuestra vida y que le da una forma y una coloración a todas sus exteriorizaciones. La muerte

como función de la vida queda ligada, pues, en sus exteriorizaciones, a la personalidad.*

La Cultura Simmeliana.

La vida en sí no tiene un fin no tiene una medida de valores fuera de ella misma.

Tampoco la forma tiene un fin, un objeto al cual aspira, ni se desarrolla según leyes universales. Por lo tanto el arte puro, la religión pura, no encierran para nosotros, ninguna representación determinada. El arte en general no se puede definir. «Existe siempre sólo un arte históricamente determinado por su técnica, sus posibilidades de expresión, sus características de estilo, etc.»

Por eso resulta para Simmel la historia universal algo monstruoso, una verdadera quimera. Sólo pueden existir exposiciones monográficas. Un hecho que poco antes de la muerte de Simmel, desarrolló Spengler en la «Decadencia de Occidente».

Simmel habla en sus «Problemas de la Filosofía de la Historia» de las leyes del desarrollo de todo gran grupo, en los estadios de juventud, madurez y vejez, diciendo que nosotros «rehusamos ver en esta sucesión o serie las fuerzas impulsivas, que nos aclararían los hechos particulares así reunidos». Pero el carácter cuidadosamente relativista de su pensamiento histórico lo hizo retroceder frente a la absolutización desconsiderada, con las últimas consecuencias naturalistas, a que llega Spengler; y que, a juicio de Simmel, violentan el proceso de la vida.

También su criticismo relativista impide a Simmel llevar hasta sus últimas consecuencias el pensamiento del acaecer individual sin fin, que es desarrollado más tarde por Spengler y por Teodoro Lessing en la «Historia como fuente de sentido para lo sin sentido» (*Geschichte als Sinnggebung des Sinnlosen-Lessing*) y «La historia como poesía» (Spengler).

* En los héroes shakespereanos y en los cuadros de Rembrandt ve Simmel exteriorizada la inmanencia de la muerte, mejor que en ninguno de los pintores italianos y en la mayoría de los escritores, en los cuales la muerte da «la impresión de una puñalada».

Toda nuestra vida histórica, tiene sin duda alguna una estructura fisiognómica unitaria que se desarrolla en el proceso cultural.

Simmel traslada el desarrollo trágico del proceso vital humano, al proceso cultural. Cultura es, para Simmel, la salida del círculo cerrado del yo; es la relación, es el ponerse en contacto con el mundo, con los objetos; es el realizarse, el completarse en ellos, «Sich-an-ihnen-Er-füllen».

«El hombre dice, Simmel, (véase «Nietzsche y Schopenhauer»), es el ser indirecto y éste tanto más cuanto mas cultivado esté. El animal y el hombre incultivado alcanzan a aquello que su voluntad se propone, apoderándose de ello de un modo directo o empleando tan sólo un número escaso de medios sencillos. La multiplicidad y complicación crecientes que la elevación de la vida trae consigo, no permite esta trinidad de la serie: deseo—medio—fin, sino que transforma al miembro intermedio en pluralidad, en la que el medio propiamente eficaz resulta producida por otro medio y éste, por otro a su vez, hasta que aparece aquella complicación incalculable, aquel encadenamiento de la actividad práctica en que vive el hombre de culturas maduras. La técnica, es decir, la suma de los medios que para la existencia cultivada son precisos, se convierte en el propio contenido de los esfuerzos y valoraciones, hasta que el hombre se encuentra rodeado por todas partes de empresas e instituciones que corren en todo sentido, y a todas las cuales les faltan los fines definitivos que les dan valor».

De manera que llegando la cultura a cierto grado de madurez pierde el hombre su dependencia originaria con el mundo exterior, queda, podríamos decir, aislado.

En un principio, el sujeto estrechamente unido con el objeto de su mundo no percibe la oposición entre el yo y el mundo exterior, entre la vida y la forma; pero, en grados superiores empieza esta dualidad, esta oposición a desarrollarse, a polarizarse. Un progresivo proceso diferenciador lleva la unidad originaria a una variedad siempre más multiforme. Es este proceso diferenciador, que tiene sus raíces en la tendencia de la forma a independizarse, determina el conflicto interior trágico de la

cultura. Es éste el sino trágico de la cultura. Las formas como elementos positivos de la vida y teniendo su origen en ella, siguen, sin embargo, en su desarrollo, una lógica propia, independiente y casi siempre contraria al desarrollo personal del alma humana. Esto trae como consecuencia la valorización de los medios como fines últimos, convirtiéndose el hombre en mero portador, o más propiamente, en víctima de la violencia, con la cual domina esta lógica el desarrollo cultural. Este proceso cultural trágico se observa claramente en la economía.

Las necesidades elementales, el hambre por ejemplo, han hecho surgir determinadas formas para su satisfacción. En un principio, se satisfacen estas necesidades de un modo directo: empleando un número escaso de medios. o, como dice Simmel: «las formas creadas por la vida para satisfacer las necesidades, se encuentran unidas en principio, con las necesidades, en corta serie causal».

Avanzando la cultura, la economía se transforma en un verdadero mundo aparte, independiente. Se transforma en un proceso de formas (siempre creadas por la vida) que se van desarrollando según leyes objetivamente técnicas e independientes de la vida, de la voluntad del hombre; el cual sólo es el portador de este proceso. La violenta lógica del desarrollo económico y en general de todas las formas, no pregunta por la voluntad del sujeto, ni por el sentido ni las necesidades de su vida. Sin preocuparse de todo esto, la economía sigue su camino violentamente, tal como si los hombres existieran por ella y no ella por la voluntad de los hombres. «De todos los mundos, dice Simmel, cuyas formas han sido producidas en y por el desarrollo vital y que después han encontrado su centro en sí mismo y a su vez dominan la vida, no hay ninguno que, como la economía, se haya puesto frente al sentido de la vida, por su pura lógica objetiva, con una objetividad tan desconsiderada y con una violencia verdaderamente demoníaca».

Pero este es, ya lo vimos, el desarrollo trágico de la vida y con ello también de la cultura: las fuerzas destructoras de su esencia, surgen precisamente de su misma esencia. La cultura,

debido a la emancipación del espíritu objetivizado, trae consigo, en su formación, trágicamente determinado su fin.

De esta concepción cultural deriva Simmel importantísimas consecuencias prácticas, que se traducen en lo que él llama «la actitud personal hacia la vida». El conocimiento formal (las ideas para Simmel, no son, valen tan sólo); el intelectualismo ya no basta al hombre: el desea precisamente salir de esta prisión, y llegar a una actitud enteramente espiritual frente a todo lo existente: frente a la vida. Esta actitud consiste, para Simmel, en percibir, en coger las cosas de una manera funcional y operar con ellas interiormente salvando las oposiciones y los contrastes entre la vida y la forma, entre el hombre y la realidad. Es esto lo que Keyserling (desarrollándolo) llamó más tarde la «Sinnerfassung», esto es, la aprehensión del sentido de la vida, en relación con la cultura. De manera que la actitud de Simmel frente a la vida, está lejos de poseer un tinte ideológico. No se trata de una doctrina. Es una actitud, es una relación interior que el hombre debe establecer entre él y su mundo exterior. El hombre debe realizar esa unidad de que carece la cultura salvando las oposiciones entre el hombre y la realidad. Y a esta actitud es imposible aplicar el antiguo material ético.